Staal del. Imp. F. Chardon aîné, 34, r. Hautefeuille Paris. Goutière sc.

GOETHE Y BETTINA

Hemos visto una vez, si se conserva el recuerdo (1), á Juan-Jacobo Rousseau en correspondencia con una de sus admiradoras que se habia prendado de él hasta el punto de atreverse á amarle. Madama de La Tour-Franqueville, despues de haber leido *la Nueva Eloisa*, se exalta, se cree una Julia de Etange y escribe cartas muy apasionadas al gran escritor, el cual la trata bastante mal y como misántropo. Es curioso ver cuán diferentemente trató, en caso análogo, el gran poeta de Alemania, Goethe, á una de sus jóvenes admiradoras que le declaró con exaltacion su amor. Pero lo mismo en este que en el otro caso, no debe esperarse un amor verdadero, natural, correspondido, el amor de dos seres que confunden los sentimientos más caros. No es pues el amor propiamente dicho, sino un culto; hay en él una sacerdotisa y un dios, con la diferencia de que Rousseau era un dios enfermo, caprichoso, atacado de mal de piedra y que tenía más dias malos que buenos; miéntras que Goethe es un dios superior, tranquilo, sereno, igual, sano de cuerpo y benévolo, el Júpiter Olímpico que mira y se sonríe.

En la primavera de 1807 habia en Francfort una jóven encanta-

(1) En una *Plática* que trataba de J.-J. Rousseau y de madama de La Tour-Franqueville.

dora, de edad de diez y nueve años y tan pequeña que no representaba más que de doce á trece. Bettina Brentano, hija de padre italiano, establecido y casado en Francfort, pertenecia á una familia muy original y cuyos miembros todos tenian un sello de singularidad y fantasía. Era un dicho admitido en la ciudad que « donde acaba la locura en los otros, no hacía más que empezar en los Brentanos ». La jóven no parece que tomara el dicho por una injuria : « Lo que otros llaman extravagancia es comprensible para mí, decia, y forma parte de un saber interior que no puedo expresar. » Tenía en sí el demonio casero, el hada, lo que hay en el mundo de más opuesto al espíritu calmoso y formalista con quien estaba en guerra declarada. Si era italiana por su imaginacion coloreada, pintoresca y luminosa, combinaba con ella la fantasía y la exaltacion alemanas, que parecia llevar por momentos hasta el alucinamiento y el iluminismo : « Hay en mí, decia, un demonio que se opone á todo lo que quiere hacer realidad. » La poesía era su mundo natural. Tenía el sentimiento del arte y de la naturaleza, tal cual solamente en Italia se suele tener; pero este sentimiento, que comenzaba á la italiana, se traducia y terminaba muy frecuentemente en vapores y nieblas, no sin haber pasado por todos los colores del arco iris. En una palabra, en medio de tantas y tan raras cualidades como adornaban á la jóven Bettina y hacian de ella una maravilla, sólo le faltaba lo que se llamaria con toda claridad *el buen sentido frances*, el cual quizas no se compadece bien con todos esos otros dotes. Parecia que la familia de Bettina, al venir de Italia á Alemania, debió haber pasado, no por Francia, sino por el Tirol, en compañía de alguna cuadrillia de gitanos. Por lo demas, estos defectos que indico pueden marcarse avanzando en la vida; pero á los diez y nueve años no son más que un atractivo y una gracia más.

Hablando tan libremente de Bettina, casi tengo necesidad de sincerarme de ello, pues Bettina Brentano, que llegó á ser madama de Arnim, y viuda hoy de Archim de Arnim, uno de los poetas distinguidos de Alemania, vive en Berlin rodeada de los hombres más notables y gozando de una consideracion, debida no solamente á las eleva-

vadas facultades del entendimiento, sino tambien á las excelentes virtudes del alma y del carácter. Esta hada, tan largo tiempo bulliciosa, resulta ser, á lo que se asegura, uno de los corazones de mujer más afectuosos. Pero ella misma es quien, en 1835, dos años despues de la muerte de Goethe, publicó esa Correspondencia que nos la da á conocer por entero, y quien nos permite, nos obliga á hablar de ella tan á nuestras anchas y con tanto atrevimiento. Este libro, traducido al frances por una mujer de mérito que se ha ocultado bajo el seudónimo de *Sebastian Albin*, es uno de los más curiosos y más propios para hacernos penetrar en las diferencias que separan el genio aleman del nuestro. El prefacio del autor comienza por estas palabras : « *Este libro es para los buenos y no para los malos.* » Es como si se dijera : *Honni soit qui mal y pense!*

Esta jóven de diez y nueve años, Bettina, fué pues quien se puso á amar súbitamente al gran poeta Goethe con amor ideal y sin haberlo visto todavía. Una mañana que, estando sentada en el jardin perfumado y silencioso, soñaba en su aislamiento, se presentó á su imaginacion la idea de Goethe; sólo le conocia de fama, por sus libros y aun por lo mal que se hablaba en derredor suyo respecto de su carácter indiferente y frio. Su imaginacion se aficionó á él al instante, y el objeto de su culto fué encontrado.

Goethe tenía entónces cincuenta y ocho años; en su juventud habia amado un poco á la madre de Bettina. Hacia largos años que habitaba en Weimar, en la pequeña Corte de Cárlos Augusto, gozando del favor, ó por mejor decir, de la amistad é intimidad del príncipe, ocupado en un estudio tranquilo, variado, universal, y produciendo sus obras con fecundidad incesante y fácil, en una palabra, en la plenitud de la felicidad, del genio y de la gloria. La madre de Goethe habitaba en Francfort; Bettina estrechó sus relaciones con ella y empezó á amar, á estudiar y á adivinar al hijo en la persona de esta madre tan notable y digna de aquel á quien habia dado el ser.

Esta anciana, madre de Goethe, la *señora Consejera de Goethe*, como la llamaban, de carácter tan elevado, tan noble, iba á decir tan

augusto, enteramente llena de grandes palabras y de conversaciones memorables, en nada se complace tanto como en oir hablar de su hijo; cuando se le habla de él *abre los ojos como un niño*, los fija en vos y brilla en ellos la más completa alegría. Ha hecho de Bettina su favorita; cuando esta entra va á sentarse en un pequeño taburete á sus piés, entabla la conversacion venga ó no la caso, turba la gravedad de las personas que están al rededor y se permite toda licencia, segura de que ha de ser siempre perdonada. La digna madama de Goethe que posee en alto grado el sentimiento de la realidad y el buen sentido, ha comprendido desde luego que este amor de la jóven Bettina hácia su hijo no traeria ninguna mala consecuencia, que esta llama, este *cohete* no quemaria á nadie. Se burla de los ensueños de la jóven, la cual se desquita de ello por su parte con sus travesuras, pero aun burlándose de sus ensueños, se aprovecha de ellos, pues no pasa dia sin que, en su soledad, esta madre feliz piense en su hijo, « y estos pensamientos, dice, son oro para mí ». ¿Pero á quién habia de hablar de él? ¿ delante de quién habia de contar su oro, ese oro que no está hecho para los profanos, sino delante de Bettina? Por eso, cuando esta locuela está ausente, cuando anda recorriendo las márgenes del Rhin, como le sucede con frecuencia, ó visitando cada antigua torre y cada roca, mucho la echa de ménos su querida señora la Consejera :

« Dáte prisa en volver á casa, le escribe esta. Este año no me » encuentro tan bien como el pasado; algunas veces te deseo con cierto » espanto, y paso horas enteras pensando en Wolfgang (nombre de » Goethe), cuando era niño y se revolcaba á mis piés ; luego, ¡ qué » bien sabía jugar con su hermano Santiago y contarle historias! Abso- » lutamente necesito álguien á quien pueda decir todo esto, *y nadie me* » *escucha tan bien como tú.* Quisiera verdaderamente que estuvieras » aquí, junto á mí. »

Bettina vuelve pues al lado de la madre de aquel á quien venera y adora; y comienzan de nuevo couversaciones interminables sobre esa infancia de Goethe, sobre lo que anunciaba desde muy niño, sobre las circunstancias de su nacimiento, sobre el peral que plantó su abuelo para señalar este bello dia, sobre la *silla verde* donde se sentaba su madre cuando le contaba las largas historias que le embelesaban, sobre los presagios y primeros indicios de su genio ya despierto. Jamas infancia de un dios fué espiada é inquirida en sus menores incidentes con más curiosidad piadosa. Una vez que atravesaba la calle con otros muchos niños, su madre y una persona que estaba con ella en la ventana, notaron que andaba *con mucha majestad*, y le dijeron que ese modo de mantenerse derecho le distinguia de los demas niños de su edad. « Por eso es por donde quiero comenzar, respondió; más tarde me distinguiré por todo género de cosas. » — « Y eso se ha realizado, » añadia la madre. — Bettina sabe todas esas cosas desde el principio mejor que Goethe mismo; á ella recurrirá despues, cuando quiera recordarlas para consignarlas en sus Memorías, y con razon lo dirá ella : « En cuanto á mí, ¿qué otra cosa es mi vida sino un profundo espejo de tu vida? »

Un dia, Goethe era ya un bello jóven, el más bello de entre los de su edad; era muy aficionado á patinar, y excitó á su madre á que fuera á ver lo bien que lo hacía. Un hermoso sol de invierno brillaba en el firmamento; la madre de Goethe, amiga de la magnificencia, se puso « un ropon forrado en terciopelo carmesí, que tenia una larga cola y brochcs de oro », y montó en el coche con su amígos :

« Cuando llegamos al Mein, cuenta ella, encontramos á mi hijo » patinando. Volaba como una flecha á traves de la multitud de pati- » nadores; sus mejillas estaban enrojecidas por el aire vivo y sus » cabellos castaños enteramente desempolvados. En cuanto divisó mi » ropon carmesí, se aproximó al coche y me miró sonriéndose muy » graciosamente : — ¡Vaya! ¿qué quieres? le dije. — Madre mia, vos » no tenéis frio en el coche, dadme pues vuestra capa de terciopelo. » — ¿Pero supongo que no querrás ponértela? — Sí que quiero po- » nérmela. — Héteme pues aquí quitándome mi buen abrigo; él se » lo pone, recoge sobre el brazo la cola y se lanza sobre el hielo *como* » *un hijo de los dioses*. ¡Ah! Bettina, si le hubieras visto! no hay ya » nada tan bello ; yo aplaudia enajenada! Toda mi vida le veré saliendo

» por un arco del puente y entrando por el otro; el viento levantaba » tras de sí la cola del ropon que habia dejado pendiente. »

Y añade que la madre de Bettina estaba en la márgen del rio, y que á ella queria agradar su hijo aquel dia. ¿Pero no habéis sentido en esta sencilla relacion de la madre todo el orgullo de Latona : *¿Es un hijo de los dioses?* ¿No creeria uno verdaderamente que la que habla es, no la mujer de un mero ciudadano de Francfort, sino la esposa de un senador romano, una emperatriz romana ó Cornelia?

Lo que esta madre sentia entónces, toda la Alemania ha sentido despues hácia Goethe. Goethe es *la patria alemana*.

Cuando se leen estas cartas de Bettina, hace uno lo mismo que ella : se pone á estudiar á Goethe en su madre y se le vuelve á encontrar en ella más grande, más sencillo por lo ménos y más natural, ántes de la etiqueta y en la alta sinceridad de su raza. Quisiera uno que hubiese recordado algo más, en su genio, estas palabras de su madre : « No hay nada más grande que cuando el hombre se hace sentir en el hombre. » — Se ha dicho que Goethe amaba poco á su madre, que la amaba friamente, y que durante largos años, aunque separado nada más que por una distancia de unas cuarenta leguas, no la visitó; con este motivo se le ha tachado de egoísmo y sequedad. Creo que en esto ha habido exageracion. Ántes de rehusar una calidad á Goethe, es menester pensarlo detenidamente, pues el primer aspecto en él es el de cierta frialdad, pero esta frialdad encubre á menudo la calidad primera subsistente. Una madre no continúa amando y reverenciando tanto á un hijo hasta el último instante, cuando tiene grave motivo de queja hácia él. La madre de Goethe no encontraba ninguna falta en su hijo, y no nos toca ser más severos que ella. Este hijo amaba á su madre á su modo, al modo de entrambos, y aunque esta manera filial no sea quizas de las que deben proponerse como modelo, no era un ingrato : « *Adhiérete con corazon ardiente á mi madre*, escribia á Bettina... Quisirea cordialmente hallarme en estado de recompensarte por los cuidados que dispensas á mi madre. Me venía una *corriente de aire* de su lado; pero ahora aquí sé estás tú cerca

de ella, estoy tranquillo y tengo calor. » Esta *corriente de aire* no deja sin embargo de hacer sonreir; Fontenelle no lo habria dicho mejor. Algunas veces he pensado que se podria definir á Goethe á nuestra manera, diciendo que era *un Fontenelle revestido de poesía*. En el momento que perdió su madre, Bettina le escribia, aludiendo á esa disposicion fria y enemiga del dolor que le atribuyen : « Se supone que te desvías de lo que es triste é irreparable : no te desvíes de la imágen de tu madre moribunda. Sabe cuán amante y prudente estuvo en su postrer momento y cuánto predominaba en ella *el elemento poético*. » Con este último rasgo demuestra bien que conoce cuál es la fibra que es menester tocar en él. Goethe responde con palabras sentidas de reconocimiento por todos los cuidados y el *reverdecimiento* que le ha debido su madre en su vejez. Pero desde este dia les faltó la que formaba su lazo principal, y presto se resintieron de ello sus relaciones. Sin embargo, como he dicho que Bettina se habia enamorado de Goethe, se me podrá preguntar en qué señales se reconocia este amor. ¡Oh! su amor no era un amor natural como los de Dido, ó Julieta, ó Virginia, unos de esos amores ardientes que consumen hasta que haya habido satisfaccion del deseo. Era un amor ideal, mejor que un amor de cabeza y no enteramente un amor de corazon. Casi no sé cómo explicarlo, y Bettina misma encontraba bastante dificultad en ello. Lo cierto es que, dotada de una imaginacion viva, de un sentido poético exquisito, de un sentimiento apasionado de la naturaleza, personificaba todos sus gustos y todas sus inspiraciones de juventud en la figura de Goethe y que le amaba con trasporte como al tipo viviente de todo lo que ella soñaba. Por eso este amor no fué de ninguna manera un tormento para ella, sino más bien una dicha : « Sé un secreto, decia : cuando dos seres están reunidos y el genio divino está con ellos, esa es la mayor felicidad posible. » Y le bastaba por lo regular que esta reunion fuera nada más que ideal. Goethe que conocia la vida y los sentidos no ménos que el ideal, habia desde luego clasificado este amor y no desconfiaba de él, pero con la condicion de no permitirle se le acercara demasiado. Como es sabido, el privi-

legio de los dioses es una eterna juventud; aun á los cincuenta y ocho años, no habria sido indudablemente un anciano bastante aguerrido para poder soportar diariamente, sin peligro, la proximidad y las familiaridades y halagos inocentes de Bettina. Pero esta vivia léjos de él y le escribia cartas llenas de vida, brillantes de sensaciones, de colores, de sonidos y de arabescos de todo género, que le interesaban y rejuvenecian gratamente. Era un ser nuevo y lleno de gracia que venía á ofrecerse á su observacion de poeta y de naturalista. Ella le abria de nuevo *un libro* imprevisto *lleno de imágenes admirables y de representaciones encantadoras*. Lo mismo le daba á él leer este libro que otro, con tanto más motivo cuanto que su nombre se hallaba encuadrado en la auréola de cada una de sus páginas. Él llamaba á estas páginas de Bettina *Evangelios de la naturaleza :* « Continúa predicando, la decia, tus Evangelios de la naturaleza. » Se sentia el dios *hecho hombre* de ese Evangelio. Ella le daba sobre todo, y *útilmente* para su talento de artista, las impresiones y la frescura del pasado que habia perdido en su vida algo facticia : « Mis recuerdos de la juventud conocen todo lo que me dices, la escribia; eso produce en mí el efecto de la lontananza que de pronto se recuerda distintamente, aunque uno la haya olvidado durante largo tiempo. » No se prodiga con ella, pero tampoco la desanima ; le da exactamente la réplica suficiente para que continúe sin desmayar.

La primera vez que ella le vió, la escena fué singular, y por el modo como ella la cuenta, se ve bien que no está en Francia y que no tiene que habérselas con burlones maliciosos. Era á fines de abril de 1807; acompañaba á su hermana y á su cuñado que tenian que ir á Berlin y la habian prometido regresar por Weimar. Era menester atravesar por medio de los ejércitos que ocupaban el país. Hizo el viaje vestida de hombre, montada en el pescante del carruaje para ver de más léjos, ayudando en cada posta á desenganchar y enganchar los caballos, tirando pistoletazos por la mañana en las selvas y trepando á los árboles como una ardilla. Pues, digámoslo de paso, una de las cualidades de Bettina es ser ágil como una ardilla,

como un lagarto (Goethe la llamaba *ratoncillo*). Adonde quiera que pueda trepar, bien sea á los árboles, á las rocas, á los arcos de las iglesias góticas, se encarama y se planta allí jugueteando. Un dia que en una de sus travesuras habia subido, al ponerse el sol, hasta las esculturas góticas de la catedral de Colonia, se complacia en escribir á la madre de Goethe : « Señora Consejera, ¡qué miedo os hubiera causado el verme desde el Rhin, *sentada en una rosa gótica!* » — « Me gusta más bailar que andar, dice tambien en alguna parte, y más volar que bailar. »

Bettina, corriendo, saltando y jugueteando, va pues caminando esta vez hácia Weimar, adonde no llega sino despues de haber pasado várias noches sin dormir en el pescante del carruaje. Apénas llega, va corriendo á casa de Wieland que conocia á su familia y le pide una esquela para Goethe. Entra y es introducida. Despues de algunos instantes de espera, se abre la puerta y se presenta Goethe :

« Estaba allí, serio, solemne y me miraba fijamente. Creo que » tendí las manos hácia él; me sentia desfallecer. Goethe me recibió » en sus brazos : *¡Pobre niña! ¿ os he causado miedo?* Esas fueron » las primeras palabras que pronunció y que penetraron en mi alma. » Me condujo á su cuarto y me hizo sentar en el canapé en frente de » él. Ninguno de los dos hablaba. Por fin, él rompió el silencio : « Habréis leido en el diario, dijo, que hace algunos dias hemos expe- » rimentado una gran pérdida en la persona de la duquesa Amelia » (la duquesa viuda de Sajonia-Weimar). — ¡Ah! le respondí, yo » no leo el diario. — ¡De véras! ¿yo creía que todo lo que ocurria » en Weimar os interesaba? — No, nada me interesa como no seáis » vos, y soy sobradamente inquieta para poder hojear un diario. — » Sois una niña amable. » Larga pausa. Yo continuaba desterrada » en este fatal canapé, trémula y temerosa. Ya sabéis que me es » imposible permanecer sentada como una persona bien educada. » ¡ Ay! madre (á la madre de Goethe es á quien dirige esta rela- » cion), ¡es posible conducirse como yo lo he hecho! Exclamé : « ¡No » puedo permanecer en este canapé! » Y me levanté precipitada-

» mente. « Pues bien, haced lo que os plazca, » me dijo. Yo me » arrojé entónces á su cuello y él me hizo sentar sobre sus rodillas » y me estrechó contra su corazon. »

Tenemos necesidad de recordar que estamos en Alemania para tranquilizarnos. Ya está pues en sus brazos, lo cual es bueno por un momento; pero lo singular es que permanece bastante tiempo para quedarse dormida en ellos, pues acababa de pasar várias noches viajando y se moria de cansancio. Sólo cuando despertó comenzó á conversar un poco. Goethe cogió una hoja de la vid que trepaba hasta su ventana, y le dijo : « Esta hoja y tu mejilla tienen la misma frescura, el mismo vello. » Quizas creáis que esta escena es enteramente infantil y pueril; pero poco despues Goethe le habla de las cosas más sérias y de lo más profundo de su alma; habla con ella de Schiller, muerto hacia dos años; y como Bettina le interrumpiera que le gustaba poco Schiller, comenzó á explicarla esa naturaleza de poeta tan diferente de la suya, y no obstante tan grande, tan generosa, y que habia tenido, él tambien, la generosidad de abrazar tan plenamente y comprender. Estas palabras de Goethe sobre Schiller rayaron en enternecimiento. La tarde de aquel dia ó el siguiente, Bettina volvió á ver á Goethe en casa de Wieland, y como se mostrara celosa de un ramillete de violetas que tenía en la mano y que ella suponia le habia dado alguna mujer, se lo arrojó diciendo : « ¿No puedes contentarte con que te las dé? » Es una mezcolanza singular la de las primeras escenas de Weimar, medio infantiles, medio místicas y desde el principio tan vivas; sin embargo no hubiera convenido continuarlas todos los dias. En la segunda entrevista que tuvo lugar en Wartburgo, con algunos meses de posterioridad, como le faltara la voz á Bettina para expresarse, Goethe le puso la mano en la boca y le dijo : « Habla con los ojos, comprendo todo. » Y cuando advirtió que los ojos de la encantadora niña, de la *niña morena y temeraria* estaban arrasados en lágrimas, se los cerró, añadiendo con mucha razon : « ¡Calma! ¡calma! es lo que nos conviene á los dos. » Pero no os vienen ganas de preguntar al leer estas escenas : *¿ Qué diria Voltaire de eso?*

Prescindamos por un momento de las costumbres francesas para formarnos idea exacta de Goethe. Nadie ha hablado mejor que él de Voltaire mismo, ni le ha definido mejor y comprendido como el tipo excelente y completo del genio frances; procuremos á nuestra vez usar de reciprocidad comprendiéndole á él como un tipo perfecto del genio aleman. Goethe es, con Cuvier, el último grande hombre que ha visto morir el presente siglo. Lo propio de Goethe es la extension, la universalidad misma. Gran naturalista y poeta, estudia cada objeto y lo ve á vez en la realidad y en el ideal; lo estudia separadamente, y lo eleva y coloca en su rango en el órden general de la naturaleza; y entre tanto respira en él el perfume de poesía que toda cosa contiene en sí. Goethe sacaba poesía de todo y tenía curiosidad por todo. No habia un hombre, un ramo de estudio de que no se enterara con una curiosidad y una precision que anhelaba saberlo todo, percibirlo todo, hasta lo más recóndito. Parecia poseido de una pasion exclusiva, y cuando ya concluía de conocerlo todo bien, volvia la cabeza y pasaba á otro asunto. En su noble casa que tenía en el frontispicio esta palabra : *Salve,* ejercia la hospitalidad hácia los extranjeros, recibiéndolos indistintamente, conversando con ellos en su lengua, haciendo servir á cada uno de tema á su estudio, á su conocimiento, sin tener otro objeto en toda cosa que el *engrandecimiento de su gusto :* sereno, tranquilo, sin hiel y sin envidia. Cuando una cosa ó un hombre le desagradaba, ó no valia la pena de que se fijara más tiempo en él, se desviaba é inclinaba su mirada hácia otro punto de este vasto universo, donde tanta diversidad de objetos se brindaba á su eleccion; y no lo hacia con indiferencia, pero tampoco con apego; era curioso con insistencia, con solicitud, pero sin detenerse en el fondo; benévolo como uno se figura que lo sería un dios, y verdaderamente *olímpico :* esta palabra, al otro lado del Rhin, no hace sonreir. Si aparecia un poeta nuevo, un talento con el sello de la originalidad, un Byron, un Manzoni, Goethe le estudiaba en seguida con interes extremo y sin que le indujera á ello ningun sentimiento personal extraño ; tenía la *pasion del genio.* Respecto de Manzoni, por ejemplo, á quien no conocia abso-

lutamente, cuando llegó á sus manos el *Conde de Carmañola*, se enamora de esta pieza, la estudia á fondo, descubre en ella mil intenciones, mil bellezas, y un dia, en su recopilacion periódica (*Sobre el Arte y la Antigüedad*), donde vertia el sobrante de sus ideas, anuncia á Manzoni ante la Europa. Cuando le atacó una Revista inglesa, le defendió con toda clase de razones, en las cuales de seguro no habia pensado el mismo Manzoni. Luego, cuando vió á M. Cousin y supo que era amigo de Manzoni, se puso á interrogarle minuciosamente, con insaciable curiosidad, acerca de las menores particularidades físicas y morales del personaje, hasta que se hubo representado bien este objeto, este *ser*, esta produccion nueva de la naturaleza que tenía por nombre *Manzoni*, absolutamente como él, botanista, hubiera hecho con una planta. Lo mismo sucedia en todo. Con Schiller se mostró admirable por su solicitud y buenos consejos. Vió á este jóven ardiente, entusiasta arrebatado por su genio sin saberlo guiar. Mil diferencias que parecian antipatías los separaban; pero no por eso dejó Goethe de emplear su crédito en hacer que fuera nombrado Schiller profesor de historia en Jena. Luego, habiéndolos aproximado un incidente feliz, se hizo la fusion, é insensiblemente fué dando direccion á este genio que todavía buscaba su rumbo verdadero. La Correspondencia, publicada despues, ha presentado á Goethe aconsejándole, influyendo saludablemente en él sin hacerse valer, encaminándole á lo bueno como pudiera hacerlo un padre ó un hermano. Llamaba á Schiller un *Ser magnífico*. Goethe lo comprendia todo en el universo, — todo, excepto dos cosas quizas, el *cristiano* y el *héroe*. En esto hubo en él un flaco que dependia algo del corazon. No es muy seguro que á Leónidas y Pascal, sobre todo al último, no los haya considerado como dos enormidades y dos *monstruosidades* en el órden de la naturaleza.

Á Goethe no le gustaba el sacrificio ni el tormento. Cuando veía alguna persona enferma, triste y preocupada, recordaba de qué manera habia escrito su *Werther* para desechar una idea importuna de suicidio : « Haced lo que yo, añadia, dad á luz esa criatura que os atormenta y no sentiréis ya dolor en las entrañas. » Su madre sabia

tambien la receta; un dia escribia á Bettina, que habia perdido por un suicidio una amiga jóven, la canonesa Gunderode, y que se habia vuelto muy melancólica : « Mi hijo ha dicho : *Es menester gastar con el trabajo lo que nos atormenta.* Y cuando tenía alguna pesadumbre, hacía con ella un poema. Muchas veces te lo he repetido, escribe la historia de Gunderode y envíala á Weimar; mi hijo la desea, la conservará, y al ménos ya no tendrás ese peso sobre el corazon. »

En cuanto el rápido exámen que vamos haciendo nos permite describirlo, tal era el hombre á quien Bettina se habia puesto á amar, pero amar como á entrambos cumplia, esto es, con llama que acaricia y no quema.

Desde este dia de la entrevista y luego que hubo regresado á Francfort, le escribió acerca de todas las cosas, le participó todos sus pensamientos, unas veces tomando el tono del himno y de la adoracion y otras el de la alegría y el chiste. Algunas veces, tambien esta efusion á que cede es tan extraña que raya en lo ridículo : « Cuando estoy en medio de la naturaleza, le escribe, cuya vida íntima me ha hecho comprender vuestro espíritu, confundo á menudo vuestro espíritu y esta vida, y me tiendo sobre el verde césped abrazándole... » Le repite con sobrada frecuencia : « Eres bello, grande y admirable, y mejor que todo lo que he conocido... Como el sol disipas las tinieblas... » En tales momentos le habla como se hablaria á Jehovah; pero casi en seguida expresa ideas tan vivas y galanas que embelesan. La carta que puede denominarse *Bajo un tilo*, porque en ella se describe un tilo hueco, está toda llena de vida, de gorjeo de pájaros y de zumbidos de abejas en el panal. Ella misma, en estos momentos, dirigiéndose al poeta y quejándose de no ser amada como ella ama, exclama con razon : « ¿No soy yo la abeja que va volando y te lleva el néctar de cada flor? » Pero Goethe es como Juan Jacobo, como todo poeta : está enamorado, pero *enamorado de la heroína de su novela y de su fantasía*. No habria dado Rousseau la Julia de su creacion por madama de Houdetot misma. Bettina tiene momentos de buen sentido en que iluminada por una pasion verdadera se apercibe de esta reciprocidad tan

desigual y se queja de ella : « ¡Oh! no peques contra mí, dice á Goethe, no te formes un *ídolo esculpido* para adorarlo en seguida, miéntras tienes la posibilidad de crear entre nosotros un vínculo misterioso y espiritual. » Pero este vínculo enteramente espiritual y metafísico que ella sueña, este amor *en el aire,* podria decírsela, ¿es acaso el vínculo verdadero?

Goethe, á diferencia de Rousseau, es sumamente agradable con la misma á quien tiene distante de él; repara al momento, con una palabra graciosa y poética, sus frialdades aparentes ó reales y las cubre con una sonrisa. Esta niña amable y juguetona le hace recordar el tiempo en que era mejor, más verdaderamente feliz, en que todavía no habia desviado y sacrificado en parte á la contemplacion y á la reflexion exterior su alma primitiva, interior y más delicada. Reconoce que le debe un rejuvenecimiento de espíritu y una vuelta á la vida espiritual. Con frecuencia le devuelve sus propios pensamientos revestidos de ritmo : « Á Dios, niña encantadora, la dice, escríbeme presto, á fin de que tenga pronto algo que *traducir*. » Ella le suministra *temas* de poesía : él los borda y ejecuta. ¿Osaremos decir que con frecuencia nos parece que la flor natural se ha convertido así en flor artificial más brillante, más pulida, pero tambien más descolorida y que ha perdido su fragancia? Él mismo parece que reconoce esta superioridad de una naturaleza opulenta y caprichosa, que se produce cada vez bajo una forma siempre sorprendente y nueva : « Eres hechicera, mi óven bailarina, la dice; en cada uno de tus movimientos, nos arrojas de improviso una corona. »

¡Pero ella le comprende tan bien y sabe admirarle tanto! No solamente se podria extraer de estas Cartas de Bettina un Goethe ideal, sino tambien un Goethe real, vivo, bello aun y magnífico bajo las facciones de la primera vejez, risueño bajo su frente apacible, « con sus grandes ojos negros un tanto abiertos y enteramente llenos de amabilidad cuando la miran ». Ella siente tan bien en él *la dignidad que emana de la grandeza del espíritu*, que le dice : Cuando te vi por primera vez, lo que me pareció notable en ti y me inspiró á la par

que una veneracion profunda un amor decidido, es que toda tu persona expresa lo que el rey David dice del hombre : *Cada uno debe ser el rey de sí mismo.* » Y esta dignidad en Goethe, en su talento como en su persona, se aviene muy bien con las gracias, no con las gracias tiernas ó sencillas, sino con las gracias severas y algo meditadas : « Amigo, le dice ella todavía con pasion, podria estar celosa de las Gracias; son mujeres y te preceden constantemente; donde tú te apareces, aparece contigo la santa Armonía. » Le comprende bajo las diferentes formas que ha tomado su talento, bajo la efímera y tormentosa de Werther, como bajo la figura más tranquila y superior que na prevalecido : « Torrente soberbio, ¡oh! ¡con qué ímpetu atravesabas entónces las regiones de la juventud, y cuán manso pasas ahora, al traves de las praderas! » Con qué desden algo celoso la toma con madama Staël que al principio creía encontrar en Goethe un segundo Werther y estaba muy contrariada y pesarosa de haberlo hallado tan diferente, como si por esto le hubiese juzgado inferior : « Madama de Staël se ha equivocado dos veces, decia Bettina, la primera en su esperanza y la segunda en su juicio. »

Sin embargo, esta jóven tan viva, este diablillo tan móvil que tiene en sí no sé qué del espíritu etéreo de Mab ó de Titania, tiene tambien, como *Mignon* de *Wilhelm Meister*, sangre italiana en las venas. Por mucho que procure Bettina hacerse alemana en lo posible, no consigue contentarse enteramente con esta veneracion *estética* é ideal que no basta á la naturaleza. Hay momentos en que, sin apercibirse bien de ello, desea más; quisiera pasar toda una primavera con su augusto amigo. Quisiera darse enteramente en espíritu, pero que en cambio se dieran tambien : « ¿Es posible recibir un presente, sin darse uno mismo tambien como presente? Lo que no se da por completo y para siempre, ¿puede llamarse un don? » Ahora bien, Goethe se muestra, pero no se da. Le escribe cartas cortas y á veces por medio de un secretario; esto la irrita y hace murmurar. Pide poco, pero que este poco sea al ménos enteramente suyo : « Tú me tienes en mis cartas, dice ella, pero ¿acaso te tengo yo en las

tuyas? » Desde la muerte de la madre de Goethe, Bettina tiene más motivo para quejarse; pues esta buena madre conocia á su hijo y explicaba á la jóven cómo se percibia la emocion del poeta en estas pocas líneas rápidamente trazadas y que de escribirlas otro habrian parecido poca cosa : « Yo conozco bien á Wolfgang (Goethe), decia; ha escrito esto con el corazon lleno de emocion. » Pero desde que falta á Bettina esta intérprete perspicaz para tranquilizarla, á veces llega á concebir dudas. Por lo demas, el dolor no tiene tiempo de insinuarse á traves de todas estas explosiones de fantasía y de estos cohetes brillantes, y cuando uno la lee, repite con el mismo Goethe que esas son amables ilusiones : « ¿Pues quién podria razonablemente creer en tanto amor? Más vale aceptar todo eso como un *sueño*. »

Si Goethe estuviera realmente enamorado, adviértase que tendria por qué estar celoso de Bettina, pues esta se aficiona corriendo á muchas cosas y á muchas personas. Dejo aparte los bellos húsares franceses, los jóvenes artistas de Munich, á quienes predica el arte, el arte sensible, italiano, y no vaporoso; pero los grandes rivales de Goethe en esta jóven alma entusiasta, son el héroe tiroles Hofer y el gran compositor Beethoven. Hofer, el héroe de la insurreccion del Tirol, es la primera infidelidad de Bettina. En la primavera de 1809, cuando vuelve á encenderse la guerra por todas partes y están á punto de darse las batallas de gigantes, Bettina no puede permanecer indiferente. Desde Munich, donde reside entónces, observa con ansiedad sin igual todas las fases de ese santo y patriótico alzamiento de los tiroleses, los cuales se sacrifican por su emperador que los abandona primero y luego los entrega. En vez de esas fantasías habituales en las cuales juguetea como la abeja ó la mariposa, causa mucha extrañeza á Goethe el recibir de ella cartas ardientes en que le dice : « ¡Oh Goethe! ¡por qué no he de poder ir al Tirol y llegar allí á tiempo para morir como mueren los héroes! » La captura y muerte de Hofer, á quien dejan fusilar, le arrancan palabras de dolor y de alta elocuencia moral. Las respuestas de Goethe á esos acentos heroicos son curiosas. Componia durante ese tiempo, durante los dias de Wagram, su fria

novela de las *Afinidades electivas*, á fin de apartar su pensamiento de las desgracias del tiempo. El grito ardiente de Bettina le inspira esta pacífica reflexion : « Al poner tu última carta con las otras, encuentro que *cierra una época interesante* (1807-1810). Tú me has conducido al traves de *un delicioso laberinto* de opiniones filosóficas, históricas y musicales, al *templo de Marte*, y en todo y siempre conservas tu sana energía... » Hé ahí al naturalista contemplador que aprecia y refleja las impresiones de su alrededor, pero sin sentirlas. La felicita por su *energía*, aplaude esta, pero prescindiendo de ella. Desde el punto de vista en que se ha colocado, no ve en estas escenas, donde se han sacrificado multitudes de hombres por causas grandes, más que *trasformaciones caprichosas de la vida*. En la sangre derramada de los héroes tiroleses, tampoco ha visto más que un perfume de poesía : « Tienes razon, escribia á Bettina, en decir que la sangre de los héroes derramada en la tierra renace en cada flor. » Otra vez más repito que no es el heroísmo el lado superior de Goethe.

Se ha dicho de Goethe que era un dios olimpiano, pero no era ciertamente un dios del Olimpo de Homero : cuando se dan tales batallas al pié de los muros de Ilion, Homero hace descender á ellas á todos sus dioses.

Despues de Hofer, como segunda infidelidad de Bettina, debe contarse á Beethoven. Desde el primer dia que le vió en Viena, en mayo de 1810, experimentó Bettina lo que habia sentido por Goethe : olvidó el universo. El gran compositor, sordo, misántropo, amargo con todos, fué para ella, desde la primera visita, franco, confiado, abundante en buenas y magníficas palabras : en seguida se sentó al piano y tocó y cantó para ella sus canciones más divinas. Lleno de alegría al ver su modo de oir y su aprobacion franca é ingenua, la acompañó hasta su casa, y la decia mil cosas sobre el arte en el camino :

« Hablaba tan alto y se detenia tan á menudo, cuenta ella, que era » menester valor para estar oyéndole; pero lo que decia era tan ines- » perado, que yo olvidaba que estábamos en la calle. Muy atónitos se » quedaron en nuestra casa al verle llegar conmigo. Despues de la

» comida, se sentó espontáneamente al piano y tocó largo tiempo y » admirablemente bien ; *su genio y su orgullo fermentaban juntos.* »

Es un don raro y una prueba de genio tambien, preciso es reconocerlo, el saber suavizar á los genios hasta ese punto. Beethoven estaba enterado de la intimidad de Bettina con Goethe ; le habló mucho de este y deseó que sus pensamientos sobre el arte le fuesen repetidos por ella. Estas conversaciones de Beethoven están admirablemente expresadas por Bettina : la sencillez de un genio que tiene el sentimiento de su fuerza, que desdeña su tiempo y confía en el porvenir, una naturaleza grave, enérgica y apasionada, se pintan en ellas en palabras memorables. Este Beethoven causa en mí todo el efecto de un Milton. Estamos aquí, nótese bien, con los más grandes de los hombres, con los muy grandes, y el honor de Bettina es el haber sabido ser un digno intérprete de Beethoven á Goethe. Goethe se conmueve y responde con emocion y complacencia. Son dos reyes, dos reyes *magos* que se saludan de léjos por medio de este pajecillo travieso que hace tan bien los recados, y que los hace esta vez con grandeza. Todavía aquí conserva bien Goethe su carácter de curioso que estudia y procura explicarse naturalmente los seres y las cosas. Está enajenado de gozo al ver á un *individuo* tan grande como Beethoven venir á aumentar su coleccion y su conocimiento : « Mucho placer he tenido, dice, en ver reflejarse en mí esa imágen de un genio original. » Este grande espejo de la inteligencia de Goethe se estremece involuntariamente cuando en él se refleja un nuevo objeto digno de él. Goethe y Beethoven se vieron dos años despues, en Tœplitz. En esta entrevista de dos genios iguales y hermanos por tantos conceptos, y de los cuales el uno juzga al otro, Beethoven conserva manifiestamente la superioridad moral.

Hay dos cartas suyas dirigidas á Bettina. Es evidente que el corazon de Beethoven fué impresionado por esta jóven que sabía escucharle tan bien y responderle con sus bellas y expresivas miradas. Al leer estas dos admirables cartas, se pregunta uno : ¿Por qué no amé á Beethoven en lugar de Goethe ? habria encontrado quien le hubiese

devuelto don por don. Beethoven era ciertamente tan apasionado por el arte como podia serlo Goethe, y el arte hubiera sido siempre su pasion primera ; pero padecia, vivia altivo y melancólico en su genio, separado del resto de los hombres, y hubiera querido apartarse de ellos más aun ; exclamaba con dolor y simpatía : « Cara, carísima Bettina, ¿quién comprende el arte? ¿Con quién conversar de esta gran divinidad? » Con ella es con quien hubiese podido explayarse, pues, la decia, « querida niña, hace largo tiempo que profesamos la misma opinion sobre toda cosa ».

Menester es que todo tenga su fin. Bettina se casó en 1811 con M. de Arnim, y su intimidad con Goethe, sin cesar jamas, se resintió de ello. Con toda la complacencia posible de imaginacion, ya no habia medio de continuar el sueño como ántes. Esta intimidad pasó gradualmente al estado de culto inmutable y de recuerdo. Bettina convirtió paulatinamente en reliquias todo lo que habia sido el perfume y el incienso de su juventud.

Yo hubiera querido dar idea más completa y cabal de un libro que tanto difiere de nosotros, de nuestro modo de sentir y sonreir, tan distante en todo de la raza gala, de un libro en que entra tanta fantasía, gracia, altas apreciaciones y locura, y en que el buen sentido sólo sale con un disfraz de travesura y capricho. Un dia que Goethe se habia paseado largo tiempo con Bettina en el parque de Weimar, la comparaba á la mujer griega de Mantinea que daba lecciones de amor á Sócrates, y añadia : « Tú no pronuncias una sola palabra sensata, pero tu locura instruye más que la sabiduría de la Grecia. » ¿Qué podríamos añadir á semejante juicio?

Pero al dia siguiente del en que se haya leido este libro, para volver á entrar de lleno en la verdad de la naturaleza y de la pasion humana y purgar el cerebro de toda veleidad quimérica y de toda nebulosidad, aconsejo mucho se vuelva á leer la *Dido* de la *Eneida*, algunas escenas de *Romeo y Julieta* ó tambien el episodio de *Francisca de Rímini* en Dante, ó meramente á *Manon Lescaut.*